

ESPIRITUALIDAD DE NAVIDAD

Como dice la Sagrada Escritura, en Navidad celebramos la encarnación del Hijo de Dios: "Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios [...] Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros." (Jo 1,1-18).

La celebración de Navidad no recae sólo en el 25 de diciembre, es un tiempo litúrgico más largo. Comienza con la Misa del Gallo, y acaba el día del Bautismo del Señor. El tiempo de Navidad presenta cuatro fiestas principales para poder contemplar cómo el Hijo de Dios se ha hecho hombre entre nosotros:

El día de Navidad celebramos la Natividad del Señor; este día, el Evangelio explica que Jesús se revela a los pobres, representados por los pastores que acuden a adorarlo en la cueva de Belén (Lc 2,8-12).

A final de año, conmemoramos a Santa María, Madre de Dios; recordemos que Jesús, nacido de una mujer, es el Salvador del Mundo (Gal 4,4-7).

La solemnidad de la Epifanía revela que el Dios hecho hombre, Jesús de Nazaret, se manifiesta a la Humanidad entera, simbolizada por los sabios que le ofrecen oro, incienso y mirra (Mt 2,1-12).

En la fiesta del Bautizo del Señor contemplamos cómo Jesús se revela a los pecadores, representados por los hebreos que van al Jordán a recibir el bautizo de Juan (Mc 1,9-11).

Durante el tiempo de Navidad, participemos en las celebraciones litúrgicas. En casa, meditemos los Evangelios de la Infancia (Mt 1-2; Lc 1-2). Vivamos la alegría cristiana. Estemos cerca de los pobres: colaboremos con Cáritas parroquial. Busquemos tiempo para la oración. Reforcemos las relaciones familiares y el contacto con los amigos. En toda ocasión, demos testimonio de Jesús, el Salvador de la Humanidad entera. ¡Feliz Navidad!

Francesc Ramis Darder
bibliayoriente.blogspot.com

Prólogo de San Juan (Jn 1,1-18)

Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Al principio estaba junto a Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra y sin ella no se hizo nada de todo lo que existe. En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la percibieron.

Apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. Él no era luz, sino el testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera que, al venir a este mundo, ilumina a todo hombre. Ella estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a los suyos, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron, a los que creen en su Nombre, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios. Ellos no nacieron de la sangre, ni por obra de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino que fueron engendrados por Dios.

Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros. Y nosotros hemos visto su gloria, la gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él, al declarar: «Este es aquel del que yo dije: El que viene después de mí me ha precedido, porque existía antes que yo». De su plenitud, todos nosotros hemos participado y hemos recibido gracia sobre gracia: porque la Ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo. Nadie ha visto jamás a Dios; el que lo ha revelado es el Hijo único, que está en el seno del Padre.

